

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

El '88 nos invita a una renovación especial de la profesión

Cincuenta años de vida salesiana.—Profesión religiosa y giro conciliar.—Laborioso proceso de identificación.—Nueva lectura de la santidad de don Bosco.—Verificación de su escuela espiritual.—El espíritu de don Bosco en la perspectiva del '88.—Un género de reflexión que suscitar.—Propósitos de santidad salesiana.—Conclusión.

Roma, 1 de septiembre de 1986

Queridos hermanos:

Os escribo en el aniversario de mi primera profesión religiosa. Han pasado cincuenta años: ¡medio siglo! Precisamente la mitad de los cien que nos preparamos a celebrar en 1988. Terminé el noviciado dos años después de la canonización de don Bosco, y celebro las bodas de oro de la profesión un par de años antes de recordar el centenario de su muerte: espacio de tiempo suficientemente amplio y significativo para estimular algunas reflexiones de vivencia salesiana.

La profesión fue, para mí, inicio de un modo concreto de seguir a Cristo, de una tarea apostólica en la Iglesia, de una predilección por la juventud, de una inculturación misionera allende el océano y de una creciente conciencia de identidad salesiana en la variedad de culturas. Hizo posible una especie de aventura cristiana impensada e improgramable, que manifiesta, al contemplar estos decenios a la luz de la fe, la presencia creativa del Espíritu, la participación en la misión salvífica del Hijo y el resorte diario de la misericordia infinita del Padre.

Profesión religiosa y giro conciliar

En la mitad del camino de estos cincuenta años de vida salesiana está la participación en las cuatro sesiones del concilio ecuménico Vaticano II, acontecimiento eclesial del siglo, visita del Espíritu Santo a la Iglesia, «gran profecía» para el tercer milenio del cristianismo.

Durante los cuatro años de acontecimiento tan extraordinario sentí que se rejuvenecía mi profesión salesiana.

En la Iglesia se notó entonces la voluntad de dar un viraje enérgico y el chirriar de algunos frenos que se habían ido superponiendo como polvo del tiempo: la superación de una mentalidad extática, un poco legalista, tentada de autarquía, satisfecha de su pasado, encerrada en estructuras de otras épocas, centralizada y provocadora de reacciones peligrosas. Un clima así era bastante general; urgía renovarlo con una brisa de aire fresco.

El Concilio hizo experimentar una estimulante vuelta a las fuentes. Pidió fidelidad a la profesión, más seria y profundamente inserta en el misterio de Cristo, en la santidad y en la misión del Fundador, en su originalidad pastoral, interesada en un sentido apostólico de mayor relación con el mundo a fin de servir y promover al hombre, en la inventiva y dinamismo de acción, en la importancia de la dimensión social en nuestra práctica de los consejos evangélicos con nuevas exigencias, en el relanzamiento del laicado, en una conciencia más completa del carisma de don Bosco como movimiento de personas y mensaje de santidad juvenil y popular.

Laborioso proceso de identificación

El giro conciliar exigió a la Congregación, como a los demás institutos religiosos, una labor intensa de búsqueda y definición de la propia identidad frente a los numerosos cambios de la cultura emergente.

Vivir la profesión salesiana, durante casi veinte años, en este complejo proceso de identificación ha supuesto una larga tarea de reflexión y diálogo, vividos en la participación activa en cuatro capítulos generales (XIX, XX, XXI y XXII), colaborando con todos los hermanos en la elaboración del texto de las Constituciones y de los Reglamentos Generales.

Por otra parte, el haber recibido, durante este período, el mandato de obediencia de vivir la profesión salesiana primeramente como Consejero Regional de formación y, después, como Rector Mayor, ha supuesto para mí una responsabilidad más sentida. Al clausurar el último Capítulo General —el veintidós—, uno de los momentos de alegría salesiana más auténtica fue, sin duda, el de renovar la profesión con el nuevo texto de las Constituciones, tras haber encomendado solemnemente toda la Congregación a María Auxiliadora, nuestra madre y guía solícita.

Lo que ha ido emergiendo cada vez con mayor claridad ha sido la figura de don Bosco como nuestro fundador y modelo: don para la Iglesia y para nosotros, suscitado y estructurado por el Espíritu del Señor con dotes y modalidades proféticas de santidad y de acción que trascienden la cultura de su época, para proyectarse más allá de las fronteras geográficas y de las coyunturas históricas.

La santidad dinámica de don Bosco ha ido apa-

reciendo, cada vez con mayor claridad, como ideal de la profesión salesiana, elevada a «consagración apostólica» por la Iglesia.

Nueva lectura de la santidad de don Bosco

Tras la reflexión de todos estos años, es posible resumir en pocas líneas programáticas el ideal de santidad de don Bosco, como objetivo que alcanzar mediante nuestra profesión.

Partiendo de la certeza de que la santidad es una y multiforme¹, veremos en don Bosco la presencia de valores fundamentales —comunes a todos—, y simultáneamente los rasgos de un estilo completamente personal.

La santidad es una. Consiste, para todos, en el ejercicio convencido de la fe, de la esperanza y de una caridad a prueba de sacrificio; es simbiosis de mística y de ascesis que proclama plenitud de vida en el Espíritu: ¡un amor que lleva a la cruz!

La santidad es multiforme, en cuanto que todo grupo —más aún, cada persona— participa en la vida y en la misión de la Iglesia con estados y modalidades diversificados, aun siendo expresión de la misma gracia.

Os he escrito ya en diversas ocasiones sobre el tema de nuestra santidad. En la circular de diciembre de 1981 reflexioné con vosotros sobre el modo de «relanzar juntos la santidad»², en la de septiembre de 1983 os presenté a «Don Bosco Santo»³, y en las buenas noches del día de mi reelección, antevíspera del cincuentenario de la canonización de nuestro Fundador, vi este sexenio como vinculado a tal aspecto⁴. El tema de la santidad es inagotable; siempre hay que tenerlo pre-

1. *Lumen gentium*, 41.

2. *Actas del Consejo Superior*, n.º 303.

3. *Actas del Consejo Superior*, n.º 310.

4. XXII Capítulo General, *Documentos*, n.º 104.

sente en nuestra conciencia. Por eso añadimos ahora algunas reflexiones más.

Don Bosco condensó personalmente, la mística y la ascesis que distinguieron su estilo de vida, en dos lemas característicos del espíritu salesiano; además, concretó su participación en la misión de la Iglesia mediante una elección precisa de campo, vivida con criterios y estilo originales.

Veamos estas tres ópticas, que son como una lectura sintética de la vivencia espiritual de nuestro Padre.

- Ante todo, la mística, es decir, la vida de fe, esperanza y caridad. Se condensa en el lema: *da mihi ánimas*, reforzado por la donación radical de sí mismo en la práctica de los consejos evangélicos. Lleva consigo una manera de contemplar la bondad del Padre, de escuchar su Palabra de salvación y de participar en su Amor trasformante, que produce en el corazón una unión ininterrumpida con Dios. Se manifiesta en el éxtasis de una acción apostólica desconocedora del cansancio: es la interioridad que se entrega a la misión. Esta mística se alimenta del encuentro diario con Cristo, que nos hace impedir el vaciamiento de la dimensión pastoral de nuestra labor.

- La óptica de la ascesis, que es dominio de sí mismo —espíritu de sacrificio— y compromiso de fidelidad, la señala don Bosco mediante el lema: *trabajo y templanza*, reforzado, igualmente, por la radicalidad de las renunciaciones propias de la práctica de los consejos evangélicos. Un programa que, según el estilo del Fundador, se adapta fácilmente a los cambios culturales, y queda confirmado y profundizado por los progresos de las ciencias antropológicas: el realismo de la donación personal por amor al prójimo según la caridad traída por Cristo al mundo. Para ser discípulos auténti-

cos de Cristo es imprescindible cultivar el espíritu de sacrificio, de guarda del corazón y de renuncia, que nos ayuda a superar el insidioso desmantelamiento de la disciplina religiosa.

● Finalmente, la elección de campo, para participar activamente en la misión de la Iglesia, es la de una fecunda *pastoral juvenil y popular*, que ha de ser confrontada continuamente con las situaciones de la sociedad humana, partiendo «de los pequeños y los pobres» que realmente se encuentren en ella. La predilección por la juventud define el ámbito de esta elección, que se caracteriza por un estilo y unos criterios de acercamiento, que don Bosco llamó «sistema preventivo».

Se trata de una modalidad de convivencia, de diálogo, de evangelización y de promoción que se apoya en tres estribos:

— el sentido común («razón»), como expresión de inteligencia equilibrada y penetrante, conocedora del corazón humano y de la realidad social;

— la dimensión religiosa («religión»), como visión convencida de trascendencia, valor fundamental en las culturas y elemento imprescindible en la formación del individuo;

— el calor y la sinceridad del afecto («amabilidad»), como atmósfera de confianza, diálogo y convivencia familiar con los destinatarios de nuestra acción.

Paradigma permanente de tal elección y estilo es la vivencia de don Bosco en el oratorio de Valdocco⁵.

5. Cfr. *Constituciones*, 40.

Los cincuenta años de profesión salesiana me confirman en la validez, hermosura y actualidad de esta forma de santidad, que hace de don Bosco

uno de los fundadores más importantes de familias espirituales en la Iglesia.

Verificación de su escuela espiritual

Don Bosco, surgido en la floración de santos que embelleció a Piamonte el siglo pasado, tuvo el mérito de iniciar una auténtica *escuela de santidad*. Si para su época tienen valor las diversas obras apostólicas que emprendió, el hecho de haber promovido con óptimos resultados una forma peculiar de santidad le hace reconocer una genialidad espiritual que lo sitúa entre los grandes de la Iglesia, con una santidad fecunda, capaz de encarnarse posteriormente a lo largo de los siglos.

A fin de lograr que la santidad fuera un mensaje atrayente y válido para todos sus destinatarios, don Bosco quiso presentar su esencia con sencillez y realismo, adaptándola a la edad, a las situaciones de vida y a las interpretaciones culturales.

El beato Miguel Rúa, santa María Mazzarello, santo Domingo Savio —y podemos añadir, de alguna forma, los beatos Luis Orione y Luis Guanello— experimentaron directamente el influjo de su forma de santidad. El programa de espiritualidad juvenil vivido por santo Domingo Savio es particularmente característico; don Bosco lo describió y profundizó personalmente en la biografía de su joven alumno, amplia e inteligentemente comentada por Alberto Caviglia. Idéntica claridad tiene el esquema de santidad salesiana, si se estudian, bajo el perfil de la «tipicidad» espiritual, las biografías escritas por don Bosco y la vida de nuestros santos, beatos y siervos de Dios.

También don Felipe Rinaldi es testigo directo del influjo personal de don Bosco. Lo cito de

modo particular, porque durante este mes de octubre la Congregación de causas de los santos comenzará el análisis de sus virtudes heroicas. Esperamos que sea el primer paso para un próximo reconocimiento más alto.

La propuesta de la escuela evangélica de don Bosco no se agotó en los santos, beatos y siervos de Dios que acabamos de recordar. Existe un aspecto, al que quizá no se ha prestado todavía la atención que merece, y que, sin embargo, tiene importancia significativa de primer orden para el tema de su típica «experiencia del Espíritu»⁶. Me refiero a las primeras comunidades formadoras de la Congregación, donde, en el caso de la vida de don Bosco e inmediatamente después de su muerte, sus primeros discípulos hicieron florecer la santidad salesiana: Foglizzo como noviciado y Valsálce como posnoviciado. En ellas actuaron Miguel Rúa, Julio Barberis, Eugenio Bianchi y Luis Piscetta (por citar sólo algunos nombres). Llama la atención el hecho de que en estas comunidades, a escasa distancia de la desaparición del Padre, se formara y actuara (en el arco de pocos años, si no incluso simultáneamente) un buen número de hermanos nuestros, siervos de Dios, cuya causa de beatificación va adelante: el venerable Andrés Beltrami, el venerable Augusto Czartoryski, el siervo de Dios Luis Variara, el beato Luis Versiglia, el siervo de Dios Vicente Cimatti. Aquellas dos comunidades de formación salesiana son, realmente, prolongación fecunda de la auténtica escuela evangélica iniciada por don Bosco.

Contrapueba singular de ello es el hecho de que varios de los hermanos recordados sintieron el primer impulso hacia la santidad en algún encuentro, quizá hasta fortuito pero determinante, con la persona del santo Fundador: Andrés Beltrami,

6. Cfr. *Mutuae relationes*, n.º 11.

cuando estudiaba en Lanzo, leyó una composición a don Bosco, y oyó una palabra que orientó su vida; monseñor Versiglia vivió la misma experiencia; el príncipe Czartoryski fue ganado por don Bosco en una visita a París, Luis Variara vio una sola vez la mirada del Padre fija en él, y quedó iluminado para toda la vida; Vicente Cimatti, en brazos de su madre, vio de lejos a don Bosco, y animó, después, su apostolado con la intuición de aquel encuentro de infancia.

Evidentemente no fue la casualidad lo que llevó estos futuros beatos y siervos de Dios al camino de don Bosco.

Todo ello es señal clara de la fuerza con que sentían los hermanos la grandeza y el atractivo de la santidad de don Bosco, y del modo como se creó, en la Congregación y en la familia salesiana, el fervor espiritual que caracterizó su fisonomía. Aquí está el secreto de la audacia misionera de los orígenes, aquí la energía para la maravillosa expansión de nuestra familia por todos los continentes, aquí la razón de su ductilidad de inculturación, fruto de un instinto congénito de universalidad.

Que la energía de santidad era algo connatural en la vida de nuestros grandes misioneros y misioneras de la primera hora lo demuestra también el hecho asombroso de que precisamente en Patagonia —primera tierra de la empresa misionera salesiana— llegaron a la cumbre de la santidad juvenil los venerables Ceferino Namuncurá y Laura Vicuña.

Entre los beatos, venerables y siervos de Dios candidatos a los altares podemos recordar asimismo, como testigos de la escuela de santidad de don Bosco prolongada en el tiempo, al beato Calixto Caravario, mártir en China; a los numerosos

mártires españoles, que dieron testimonio de su fe en las dramáticas vicisitudes de una guerra civil; a monseñor Luis Olivares, diligente pastor entre el pueblo; a Rodolfo Komorek, insigne por el espíritu de oración y de mortificación; a José Quadrio, profesor de teología y estudioso del misterio de la Asunción; a los coadjutores Simón Srugi —paisano de Jesús, expresión humilde y profética de ecumenismo: melquita que se hizo salesiano, caritativo promotor de diálogo con los musulmanes—, y Artémides Zatti, benemérito samaritano de Patagonia, tierra que se abría entonces a la civilización y que carecía de servicios modernos para la salud: fundó en Viedma el primer hospital de la ciudad.

Entre las Hijas de María Auxiliadora podemos recordar a la venerable Teresa Valsé-Pantellini; a las siervas de Dios Magdalena Morano, Carmen Moreno, Amparo Carbonell, Eusebia Palomino, María Troncatti, Laura Meozzi y María Romero.

Entre los Cooperadores citamos a la venerable Dorotea Chopitea, ilustre bienhechora; al cardenal José Guarino, amigo de don Bosco y fundador de un instituto religioso femenino; a Alejandrina da Costa, admirable en el sufrimiento; a José Toniolo, gran seglar comprometido en lo social.

Y entre los Antiguos Alumnos, al venerable Alberto Marvelli, celoso animador oratoriano y de la Acción Católica; al heroico suboficial Salvo D'Acquisto, que supo inmolar su vida por amor al prójimo; al barón Antonio Petix, apóstol incansable entre los antiguos alumnos.

Estos candidatos a los altares, que en total superan el centenar⁷, no son más que la parte visible de un iceberg, que manifiesta la presencia viva del espíritu de don Bosco en los diversos grupos de su familia y entre los destinatarios de sus pre-

7. Cfr. *Elenco* 1986, 2.º vol., págs. 194-196.

sencias apostólicas: espíritu siempre exuberante de vitalidad, dúctil y fecundo, que testimonia un designio especial de Dios en el don de santidad apostólica concedido a don Bosco en cuanto fundador.

El espíritu de don Bosco en la perspectiva del '88

Si la escuela de santidad salesiana es la principal herencia de don Bosco fundador, las celebraciones del centenario de su muerte deberán distinguirse, sobre todo, por un compromiso de fuerte interés de fidelidad en el relanzamiento de sus contenidos evangélicos.

Es cierto que se trata de don del Espíritu Santo, antes que de programa nuestro; sabemos, sin embargo, que El no sólo no retira lo que ha dado, sino que, al contrario, con el acontecimiento del Concilio ha querido renovar la actualidad de su don, como profecía preciosa y válida para la cultura emergente. Si rezamos por esto y nos esforzamos, se obtendrán frutos abundantes.

Tal es la razón que nos mueve a hacer de 1988 un año de reflexión y de propósitos sobre la santidad salesiana, a la luz de las grandes orientaciones conciliares del Vaticano II.

Podemos decir que las iniciativas de preparación pensadas hasta ahora, nos han visto orientados principalmente en este sentido.

● *Como Congregación* nos hemos puesto, especialmente tras la aprobación del nuevo texto de las Constituciones y los Reglamentos, en una especie de «estado de noviciado», a fin de realizar un largo e intenso trabajo de formación permanente. En 1988 queremos hacer una renovación solemne de

nuestra profesión religiosa, como expresión práctica de la consagración apostólica, que el texto de las Constituciones, en la órbita del Concilio, nos ha enseñado a conocer mejor, a apreciar y a testimoniar con profundidad más auténtica y con actualidad profética. Sólo intensificando así nuestra caridad pastoral podremos demostrar al mundo la vitalidad del carisma de don Bosco.

● *Dentro de la Familia Salesiana*, nos sentimos en comunión más íntima con los grupos que, con nosotros, han renovado los textos fundamentales de su identidad siendo fieles a los orígenes y al Concilio. Queremos trabajar juntos en relanzar todo el proyecto del Fundador, sobre todo envolviendo a muchos y animosos seglares en las Asociaciones de cooperadores y de antiguos alumnos. Nuestro propósito es animar un amplio movimiento espiritual y apostólico de personas que se interesen por los problemas de la juventud y de la educación.

● *Respecto a los jóvenes*, nuestros destinatarios, estamos trabajando, desde hace tiempo, en definir y promover una espiritualidad juvenil que de forma gradual y apropiada sea alma y objetivo de nuestras variadísimas actividades.

Es sintomático que, por interés y solicitud del arzobispo de Turín —cardenal Anastasio Ballestrero—, se haya obtenido del Santo Padre la convocación de un «Año Santo de los jóvenes» especial en la Iglesia particular de Turín desde el 31 de enero de 1988 hasta el mismo día de 1989. El tema central de reflexión que caracterizará dicho «año de gracia para la juventud» serán los contenidos proféticos del Vaticano II. ¡Consideremos labor nuestra especial el consignar el Concilio a los jóvenes en camino hacia el año dos mil!

Las condiciones para este jubileo extraordinario

serán determinadas próximamente por la Sede Apostólica, y serán comunicadas a todos oportunamente. Mientras tanto, ya se puede pensar en el clima de la preparación, en los programas que hay que combinar, en las peregrinaciones que se vayan a organizar, en la santidad que debemos dar a conocer y hacer amar.

La convocación de un año santo especial da dimensión eclesial más amplia a las celebraciones de 1988. Habrá que tenerlo en cuenta, abriendo nuestros horizontes más allá de la Familia Salesiana, interesando a los pastores y fieles de las Iglesias locales en que vivimos y con las que colaboramos, y presentando la figura de don Bosco como la de un santo moderno, suscitado por Dios como providencial «amigo de la juventud», sobre todo de la necesitada y popular. ¡Es una perspectiva exaltante!

Un género de reflexión que hay que suscitar

Me parece oportuno sugerir aquí a los diversos animadores de las inspectorías, como orientación práctica, algunos temas de reflexión. Se trata, únicamente, de una indicación, evidentemente no exhaustiva, para analizar algunos aspectos que favorezcan la creación del clima de las celebraciones. Algunos temas son más apropiados para la reflexión de los salesianos, otros son extensivos a la Familia Salesiana; unos se dirigen a los jóvenes, otros sirven para todos juntos. Es de desear que estos temas ayuden a estimular la fantasía y a formular otros más adecuados al ambiente propio, siempre en la misma línea y con miras al gran objetivo que deseamos alcanzar.

He aquí, pues, como ejemplos, una lista de temas:

— Informe final del Sínodo extraordinario: el de 1985.

— Signos de los tiempos y profecía del Vaticano II.

— Novedad e importancia vital de la liturgia de la Nueva Alianza.

— Valor central de la Eucaristía y de la Penitencia en nuestra pastoral.

— Carta de Juan Pablo II a los jóvenes: año 1985.

— Los desafíos actuales para una espiritualidad juvenil.

— Los nuevos problemas de la evangelización de las culturas.

— Urgencia de saber inculturar el sistema preventivo.

— El oratorio, nuestro criterio permanente de pastoral juvenil.

— Educación cristiana y sociedad civil.

— El sentido de Iglesia testimoniado por don Bosco.

— Aportación de don Bosco a los compromisos sociales.

— Profesión salesiana y consagración apostólica.

— Práctica de los consejos evangélicos e indispensabilidad de la ascesis.

— Actualidad de don Bosco como modelo de santidad.

Estos temas, y otros posibles, deberían desarrollarse como respuesta a las interpelaciones de las diversas situaciones, inspirándose de forma continua en las abundantes luces del Concilio.

Su desarrollo ayudará a asimilar las grandes

orientaciones del magisterio y las directrices de la Congregación, a fin de vivir con actualidad nuestra profesión religiosa y testimoniar a los jóvenes y al pueblo de hoy el mensaje peculiar de la escuela evangélica de don Bosco.

Propósitos de santidad salesiana

Ultimamente, en Italia, algunos escritores han criticado, como culturalmente superada, la santidad de don Bosco. Uno incluso ha hablado de la necesidad de una «antihagiografía», a fin de restablecer una visión más auténtica del mensaje del Evangelio de Cristo. Hay quien habla y escribe de la santidad desconociendo el espíritu con que la vivió don Bosco o la confunde con determinadas actitudes culturales de aquella época. Hay también quien no conoce o no presta atención seria a la escuela espiritual surgida en torno a nuestro padre y fundador.

Creo que las mismas críticas nos pueden ser útiles: ante todo, para evitar cierta mitología hagiográfica y repensar con profundidad la esencia de la santidad, que no puede reducirse a simple moralismo y que conviene distinguir cuidadosamente del revestimiento cultural del tiempo en que vivió.

Por otra parte, nos estimulan a precisar con mayor claridad la pluriformidad inherente históricamente a los modos concretos de testimoniar el mensaje evangélico, individuando los elementos permanentes de la índole propia del camino evangélico de don Bosco. Con la ayuda del Espíritu del Señor y protegidos maternalmente por María Auxiliadora, hemos podido trabajar con seriedad, durante casi veinte años de búsqueda, en esta de-

licada tarea. Prueba convincente de ello son los tres últimos capítulos generales y el texto renovado de las Constituciones.

En una sociedad que está en proceso continuo de secularización, donde la santidad parece quedar marginada como residuo de épocas pasadas, porque ya no tendría valores que transmitir al hombre de una cultura más científica y técnica, la cita de las celebraciones de 1988 nos invita a una tarea de fondo: renovar, para los tiempos nuevos, la profesión salesiana.

Dicha tarea lleva consigo un triple propósito:

- Reconsiderar con claridad la esencia evangélica de la santidad;
- individuar los valores permanentes de la índole propia del espíritu de don Bosco;
- afrontar metodológicamente el reto de una inculturación constante del carisma salesiano.

Este llamamiento a hacer actual la santidad de don Bosco nos viene de la misma Iglesia, de sus pastores, del Vaticano II, de las nuevas generaciones de innumerables jóvenes, que ven en nuestra profesión religiosa «el don más precioso que podemos ofrecer» a su esperanza ⁸.

8. Cfr. *Constituciones*, 25.

* * *

Queridos hermanos, el informe final del Sínodo episcopal extraordinario afirma explícitamente: *En las circunstancias más difíciles de la historia de la Iglesia, los santos y las santas fueron siempre fuente y origen de renovación. Hoy tenemos grandísima necesidad de santos, que debemos pedir a Dios con asiduidad. Los institutos de vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos sean conscientes de su misión especial en la Iglesia actual y (los obispos) debemos animarlos en su misión* ⁹.

9. *Informe final*, II, A, 4.

Ahí tenemos un llamamiento autorizado a profundizar el verdadero significado de nuestra profesión y a testimoniarlo en lo que tiene de más íntimo y fecundo: la santidad apostólica. Las Constituciones nos recuerdan que *la fidelidad al compromiso adquirido en la profesión religiosa es una respuesta, constantemente renovada, a la especial alianza que el Señor ha sellado con nosotros. Nuestra perseverancia se apoya totalmente en la fidelidad de Dios, que nos ha amado primero, y se alimenta con la gracia de su consagración. La sostiene también nuestro amor a los jóvenes, a quienes somos enviados, y se expresa en la gratitud al Señor por los dones que nos ofrece la vida salesiana*¹⁰.

10. Constituciones, 195.

¡Que don Bosco, en el centenario de su muerte, interceda para que todos sepamos renovar y testimoniar nuestra profesión religiosa según el proyecto de santidad apostólica descrito en las Constituciones salesianas!

Un saludo fraterno con el mejor deseo de una intensa preparación espiritual para 1988. Rezo por todos vosotros.

Con gratitud y afecto en el Señor,

